

Latinoamérica en un mundo dividido¹.

La postguerra ha encontrado al mundo no solo en dos bloques ideológicos sino también en dos grandes mercados. No hay, como en la era de expansión del liberalismo económico, un solo mercado mundial. Esto ha generado una multitud de fenómenos complejos y radicalmente nuevos.

No existe solamente una periferia, un extenso frente virtual de guerra, una zona de fricción relativa a la estrategia militar, sino también una zona de confluencia y encuentro de lucha económica. Esa zona difusa de fricciones económicas es más sutil, más imprecisa, más impalpable que la ubicación de las meras fronteras políticas.

Sin embargo, en razón a su intensidad, esas fluctuaciones, esa región de encuentros, tiene sus puntos neurálgicos en el Medio Oriente, etc. Forman una parte de los llamados países "dependientes". Hay, es cierto, dos tipos de países dependientes. Los que tienen su eje en Rusia y los que lo tienen en Estados Unidos y Europa Occidental. Los grandes centros de poder de ambos sistemas están constituidos en función del gran desarrollo de sus industrias pesadas, es decir, de la mayor concentración de capital hoy imaginable. Y la industria pesada es el símbolo, el cetro del poder del siglo XX.

Los países dependientes, en relación a esos dos grandes centros, no han llegado a madurar por sí mismos económicamente y se encuentran trancados para el montaje de la plena elaboración de su materia prima. Es el caso, tanto de las "democracias populares" como de los países asiáticos y latinoamericanos.

Y es en esas zonas dependientes donde se están produciendo las grandes convulsiones sociales, económicas y nacionales de la postguerra. En ellas se ha refugiado la tragedia. Porque hay un hecho de claridad meridiana. La segunda guerra mundial no ha producido convulsiones, modificaciones de estructura apreciables ni en Estados Unidos y Europa ni en Rusia. El drama se ha diluido paulatinamente en prosperidad. No ha habido en ellos grandes movimientos de masa, revoluciones, violencias estridentes. En cambio, todas las tensiones, las protestas multitudinarias, los golpes de Estado, guerras "localizadas" tienen hoy por asiento esa periferia, el área de los países dependientes.

La razón de esto no radica exclusivamente, como podría ingenuamente suponerse, en la competencia de las grandes potencias. Por el contrario, tiene sus causas propias. Los distintos conflictos que estallan de continuo en los países subdesarrollados no se deben ante todo a la actividad subversiva de uno u otro de los bandos en pugna.

La razón fundamental está en la disparidad del desarrollo económico de los distintos países. En que el ritmo de la historia no ha sido uno solo, sino variable, múltiple. Y que, en poco tiempo, el mundo se ha unificado haciendo convivir contradicciones innumerables, tiempos y culturas distintas, tipos de producción de diferente nivel. Esto genera las tremendas perturbaciones de las zonas técnicamente y productivamente atrasadas. El conjunto de países que están un poco en "la tierra de nadie" de la "guerra fría", por su situación geopolítica, tienen gran capacidad de

¹ El Debate, 24 de septiembre de 1957.

maniobra. Pueden especular y sacar fruto de la pugna de las dos grandes potencias. Aunque ello implique caminar por el filo de la navaja.

La situación de Latinoamérica es profundamente diferente. Aunque afín a los países asiáticos por su condición de "sub-desarrollada", primordialmente por su incapacidad actual de acumulación propia de capital para asentar el desenvolvimiento industrial en todos los órdenes, no está en condiciones objetivas de realizar su propia conferencia de Bandung. No tenemos gran latitud de maniobra política ni económica. Nuestras posibilidades reales son diferentes a las de los países asiáticos. Y a ellas debemos ajustarnos con el pensamiento puesto en el mejor desarrollo nacional posible.

Las utopías, las puras buenas intenciones, las pretensiones desproporcionadas, no conducen más que a la detención angustiosa de nuestro desarrollo. Lo posible es lo más cercano de lo necesario, aunque no se confunda con él. Y la tremenda situación económica del país obliga a un replanteo general de nuestra economía. Sus bases deben ser realistas. No deben cerrar el porvenir. Y el planteo de la reforma constitucional, en una de sus dimensiones, es un paso fundamental en la toma de conciencia de nuestra situación económica y nuestra íntima relación con los problemas generales de Latinoamérica.